

POUL ANDERSON

CARNE

COMPARTIDA



Moru comprendió la naturaleza de las armas. Finalmente los altos extranjeros habían demostrado a sus guías lo que eran capaces de hacer con los objetos que llevaban en sus cinturones en un estampido y una llamarada. Lo que no pudo saber es que las pequeñas cajas que a menudo llevaban en sus manos, mientras hablaban en su lengua extraña, eran transmisores audiovisuales. Probablemente creyó que eran fetiches.

Fue así que cuando mató a Donli Sairn lo hizo a la vista de la esposa de la víctima.

Esto fue una casualidad. Excepto en momentos predeterminados, a la mañana y a la tarde de los días de veintiocho horas de ese planeta, el biólogo, al igual que sus compañeros, transmitía para su computadora. Pero dado que hacía poco que se habían casado, y que eran tan inmensamente felices, Evalyth solía recibir las transmisiones de su esposo siempre que le era posible escapar de sus propios deberes.

Relato

Moru comprendió la naturaleza de las armas. Finalmente los altos extranjeros habían demostrado a sus guías lo que eran capaces de hacer con los objetos que llevaban en sus cinturones en un estampido y una llamarada. Lo que no pudo saber es que las pequeñas cajas que a menudo llevaban en sus manos, mientras hablaban en su lengua extraña, eran transmisores audiovisuales. Probablemente creyó que eran fetiches

Fue así que cuando mató a Donli Sairn lo hizo a la vista de la esposa de la víctima.

Esto fue una casualidad. Excepto en momentos predefinidos, a la mañana y a la tarde de los días de veintiocho horas de ese planeta, el biólogo, al igual que sus compañeros, transmitía para su computadora.

Pero dado que hacía poco que se habían casado, y que eran tan inmensamente felices, Evalyth solía recibir las transmisiones de su esposo siempre que le era posible escapar de sus propios deberes.

Es necesario tener en cuenta, entonces, que la coincidencia que la hizo ser testigo de la escena no fue demasiado manifiesta. Tenía poco trabajo. Era la técnica militar de la expedición, pues procedía de una zona casi bárbara de Kraken, en que ambos sexos gozaban de similares oportunidades de aprender las artes marciales adecuadas a los medios primitivos. Se hallaba dedicada a vigilar estrechamente las construcciones de una aldea. Sin embargo, los habitantes de Lokon eran tan sociables con los visitantes de los cielos como lo permitían los misterios que unos guarda-

ban frente a los otros. Todo su instinto y experiencia le señalaban a Evalyth que su reticencia no enmascaraba otra cosa que asombro, no carente del deseo de entablar amistad. El capitán Jonafer estaba de acuerdo. De tal modo, y viendo que su trabajo se estaba transformando en una sinecura, Evalyth trataba de aprender lo suficiente acerca de las tareas de Donli para ser una ayudante eficiente cuando él volviera de las tierras bajas.

Además, un análisis había confirmado que estaba embarazada. No pensaba decírselo, por lo menos por el momento. Sería bueno esperar hasta que se hallaran juntos otra vez en el lecho, y no transmitirlo a través de miles de kilómetros. Mientras tanto, la noción de haber comenzado una nueva vida hacía que ella pensara constantemente en él.

La tarde del asesinato, su esposa entró al laboratorio silbando alegremente. Afuera brillaba la luz del sol con increíble fuerza, coloreando la tierra de un tono bronceado y tiñendo las casas prefabricadas, que se agrupaban alrededor de la nave espacial que había transportado a los hombres y a los equipos desde la órbita donde se hallaba el *New Dawn*, derramándose sobre las naves voladoras, los aparatos antigraavitatorios allí estacionados, que llevaban a los hombres de un lado a otro de la ancha isla que constituía toda la tierra habitable de este planeta, y sobre los mismos hombres y mujeres. Más allá de los límites del campamento, las copas de los árboles, los edificios construidos con barro y ladrillos, el murmullo de las voces y el ruido de las pisadas, así como las vaharadas de humo negro, revelaban que entre esta zona y el lago Zelo se extendía una ciudad de varios miles de habitantes.

El laboratorio ocupaba más de la mitad de la estructura en la que vivían los Sairn. Las comodidades eran pocas, como correspondía a la situación en que las naves de un puñado de culturas, que trataban de volver a la civilización, surcaban las ruinas del imperio. Para Evalyth era suficiente pensar que éste era su hogar. Estaba acostumbrada a la

austeridad. Una de las cosas que la atrajo en Donli, cuando lo conoció en Kraken, era la alegría con que él, proveniente de Atheia, y por lo tanto acostumbrado a retener o recapturar comodidades similares a las de la Vieja Tierra en sus días de gloria, había aceptado la vida en su austero país.

La gravedad en este mundo era de 0,77; o sea menos de dos tercios de aquella en la cual se había criado. Por lo tanto, se le hacía fácil caminar a través de los numerosos aparatos y especímenes. Era una muchacha robusta y joven, de facciones un poco toscas para el gusto de los hombres que no fueran de su pueblo. Tenía los cabellos rubios de su gente, en las piernas y en los brazos se veían los mismos intrincados tatuajes, y la pistola de rayos que llevaba en la cintura la habían llevado a través de muchas generaciones. Por lo demás, había abandonado los trajes que se usaban en Kraken para sustituirlos por los simples uniformes de la expedición.

¡Qué fresca y agradablemente oscura estaba la casa! Suspiró con placer, se sentó y activó el receptor. A medida que la imagen se formaba, tridimensional, oyó con dulce sobresalto la voz de Donli que decía:

—... parece haberse originado en un trébol.

La imagen que observaba era la de plantas con verdes hojas trilobuladas, esparcidas entre el pseudo-césped rojizo del planeta. Donli acercó la imagen para que la computadora registrara detalles a fin de ser analizados posteriormente. Evalyth frunció el ceño tratando de recordar... ¡Ah, sí! El trébol era una de las formas de vida que el hombre había traído consigo desde la Vieja Tierra, a una innumerable cantidad de planetas, antes que sobreviniera la Larga Noche. Muy a menudo eran ya virtualmente irreconocibles; durante miles de años la evolución las había ido adaptando a las condiciones de cada lugar, o las mutaciones y las variaciones genéticas habían actuado sobre una cantidad originariamente pequeña, en forma regida completamente por el azar. Nadie en Kraken sabía que los pinos, las gavio-

tas y las rizobacterias eran inmigrantes alterados, hasta que llegó Donli y las identificó. Sin embargo, ni él ni nadie de este lado de la galaxia había vuelto a la tierra madre. Pero los depósitos de datos de Atheia estaban rebosantes de informaciones, igual que la querida cabeza de Donli...

Ahora podía ver su mano, enorme en la pantalla, juntando especímenes. Hubiera deseado besarla. *«Paciencia, paciencia —le dijo la parte oficial de su yo a la parte de la novia—. Estamos aquí para trabajar. Hemos descubierto una colonia perdida, la más desgraciada encontrada hasta ahora, hundida en un verdadero primitivismo. Nuestro deber es aconsejar a la Junta acerca de si sería adecuado enviar una misión civilizadora, o si los escasos recursos de los planetas aliados deberían ser invertidos en otra parte, dejando a esta gente hundida en su miseria durante trescientos o cuatrocientos años más. Para poder llegar a dar un informe honesto, para eso estoy en las bárbaras tierras altas, mientras que él está en la jungla, entre salvajes. Por favor, termina pronto, querido».*

Oyó que Donli hablaba en el dialecto de las tierras bajas. Esta lengua se basaba en el lokonés, la cual a su vez descendía remotamente del anglicano. Los lingüistas de la expedición desentrañaron los secretos del lenguaje en unas pocas semanas de intensivo estudio. Entonces, todo el personal se sometió a la programación cerebral de nuestro idioma. De todos modos, Evelyth admiraba la rapidez con que Donli se desenvolvía, hablando con fluidez la versión de los montañeses, luego de unos pocos días de conversación con ellos.

—¿No estamos ya llegando al lugar, Moru? Me dijiste que lo que buscábamos estaba cerca del campamento.

—Casi estamos allá, Venido-del-cielo.

Un sentimiento de alarma comenzó a preocupar a Evelyth. ¿Donli había salido solo con uno de los nativos, dejando atrás a sus compañeros?

Rogar de Lokon les había advertido que tuvieran mucho cuidado, puesto que podían ser traicionados por estos habitantes. Pero también recordaba que ayer los guías habían rescatado a Haimie Fiell, cuando cayó al río de rápida corriente, aun con riesgo para ellos...

La imagen oscilaba, puesto que Donli llevaba el transmisor en la mano.

De tanto en tanto, Evalyth, algo mareada por el movimiento, podía captar el aspecto general de la zona. Los árboles englobaban un camino abierto por los cazadores, se veían los follajes color óxido, ramas y troncos marrones, sombras que se movían más adelante y la ocasional y ronca llamada de algo que no se distinguía. Evalyth podía prácticamente sentir el calor y la atmósfera pesada, oler las tufaradas desagradables. Este mundo, que ya no tenía nombre, puesto que los habitantes se habían olvidado de las estrellas, era poco favorable para la colonización. Con la ayuda de especies que habían traído, el hombre sobrevivía en forma marginal. Los pioneros probablemente tendrían deseos de mejorar las cosas. Pero luego comenzó la regresión, los hallazgos revelaban que la única ciudad había sido destruida con misiles, y la mayoría de los habitantes muertos. Faltaban recursos para la reconstrucción; el verdadero milagro fue que algo pudiera haber quedado del ser humano, que fuera más que sus huesos.

—Mira aquí, Venido-del-cielo.

La escena, que giraba, se tornó más estable. El silencio llegó desde la selva hasta la cabina.

—No veo nada —dijo Donli luego de un rato.

—Sígueme. Te mostraré.

Donli colgó su transmisor de un árbol. La imagen mostró cómo él y Moru se movían cruzando una pradera. El guía parecía tan pequeño al lado del viajero del espacio. Le llegaba escasamente al hombro. *Un hombre-niño*, pensó ella, de cuerpo casi desnudo, cubierto de cicatrices, que cojeaba de una pierna a causa de heridas padecidas, con

cara abruptamente terminada en una mata negra de pelo y barba. Este hombre, que no podía cazar, sino que tenía que mantener a su familia con lo que pescaba, era aún más pobre que los otros nativos. Debió sentirse realmente feliz cuando las naves aterrizaron cerca de su aldea y los extranjeros le ofrecieron fabulosos objetos a cambio que oficiara de guía durante una semana o dos y les enseñara la zona. Donli había proyectado la imagen de la choza de Moru para Evalyth, sus pobres posesiones, su mujer gastada por el intenso trabajo, sus hijos que a la edad declarada de seis o siete años, que eran equivalentes a doce o trece, no eran más que gnomos arrugados.

Rogar pareció declarar, ya que la lengua lokonesa no podía ser entendida a la perfección, que los habitantes de las tierras bajas podrían ser menos pobres si no fuesen tan viciosos, siempre en guerra unos contra otros. «*Pero realmente —pensó Evalyth—, ¿qué amenaza podían ser?*»

El equipo de Moru consistía en un taparrabos que sujetaba con una cuerda alrededor de sus riñones, un lazo para preparar trampas, un cuchillo de obsidiana y una bolsa tan usada y engrasada que podría contener líquidos. Los otros hombres de su grupo, capaces de perseguir y cazar animales o de participar en el botín por haber luchado, se hallaban, evidentemente, en mejor posición. Sin embargo, su aspecto no era muy diferente. Con tan poco lugar y población, los nativos debían casarse entre ellos.

El hombrecillo se puso en cuclillas y apartó un arbusto con las manos.

—Aquí —dijo, y se puso nuevamente de pie.

Evalyth conocía bien la curiosidad que ardía en Donli. A pesar de esto se volvió, mirando directamente al transmisor y dijo en el idioma de Atheia:

—Tal vez estés mirando, querida mía. Quisiera compartir esto contigo.

Parece ser un nido de pájaros.

Evalyth recordó vagamente que la existencia de pájaros constituiría un importante dato ecológico. Pero lo que realmente importaba era lo que él acababa de decirle.

—¡Oh, sí, sí! —hubiera querido gritar, pero este grupo tenía solamente dos aparatos receptores con él, y Donli no llevaba uno.

Lo vio agacharse sobre la larga y extrañamente coloreada vegetación.

Lo vio también apartar, con la dulzura que le conocía, las ramas del arbusto.

Y entonces vio como Moru saltaba a la espalda de Donli, sujetándolo con las piernas, tiraba de su cabello hacia atrás, con el puñal en la otra mano.

La sangre brotó de la garganta de Donli. No pudo gritar, luego de recibir tal herida. Sólo emitió un sonido gorgoteante y un graznido, mientras que Moru agrandaba la herida. Trató de alcanzar su pistola, pero Moru le sujetó los brazos. Rodaron por el suelo. Donli perdía fuerzas y Moru no soltaba su presa. Los arbustos temblaron y los escondieron, hasta que Moru se levantó, respirando fatigosamente, chorreando sangre y Evalyth gritó frente al transmisor y frente al universo entero, y continuó gritando y luchando con ellos cuando trataron de arrancarla de la escena de la pradera, con Moru prosiguiendo su carnicería, hasta que algo la chocó con su frío y se deslizó hasta el fondo de su universo que había perdido para siempre sus estrellas.

Haimie Fiell dijo, con los labios blancos por la tensión:

—No, por supuesto que no lo supimos hasta que ustedes nos avisaron.

Donli y ese ser se hallaban a varios kilómetros de nuestro campamento.

¿Por qué no nos permitió ir tras él inmediatamente?

—Debido a lo que vimos en la transmisión —le contestó el capitán Jonafer—. Sairn estaba irremediablemente muerto. Ustedes hubieran podido caer en una emboscada, recibir flechas disparadas a sus espaldas o algún otro tipo de

agresión al tratar de avanzar por esos estrechos senderos. Fue mejor que se quedaran donde estaban, cuidándose mutuamente, hasta que pudiéramos mandarles un vehículo.

La mirada de Fiell abarcó al robusto capitán de cabellos grises, y al paisaje que se extendía fuera de la casilla de comando, al resto de las construcciones y al despiadado sol del mediodía.

—Pero lo que ese monstruo estaba haciendo mientras tanto... —Abruptamente se calló.

Con similar rapidez, Jonafer le dijo:

—Los otros guías se escaparon, de acuerdo con sus informaciones, tan pronto como se dieron cuenta que ustedes estaban enojados. Acabo de recibir un informe de Kallaman. Su grupo voló hasta la aldea. Está desierta. Toda la tribu ha huido. Tienen miedo a que nos vengamos, evidentemente. Si bien el moverse no es una pesada tarea cuando se pueden llevar todas las pertenencias en la espalda y fabricar una nueva casa en un día.

Evalyth se inclinó hacia adelante:

—No evadan el problema. Díganme qué le hizo Moru a Donli que ustedes hubieran podido impedir, de haber llegado a tiempo.

Fiell continuó mirando a través de ella.

—Nada, realmente —murmuró—. Nada que hubiese tenido importancia una vez que el asesinato estuvo cometido.

—Quiero preguntarle qué tipo de honras fúnebres le quiere dispensar, teniente Sairn —dijo Jonafer—. ¿Desea que enterremos aquí sus cenizas, que las diseminemos en el espacio, o que las llevemos a casa?

Evalyth lo miró.

—Nunca autoricé su cremación, capitán —dijo lentamente.

—No, pero es necesario ser realista. Primero la mantuvimos bajo anestesia, luego bajo fuerte sedación, mientras recuperamos el cuerpo.

No disponemos de facilidades para realizar..., um..., reparaciones cosméticas ni amplios espacios refrigerados, y con este calor...

Desde que había sido dada de alta en la enfermería, Evalyth se hallaba algo atontada. No podía comprender del todo que Donli no estaba más con ella. Parecía que en cualquier momento se iba a abrir la puerta y él iba a aparecer, con el sol iluminando sus hombros, y la llamaría, riéndose, para consolarla de esa pesadilla sin sentido. Éste era el efecto de las psicodrogas, pensó, y maldijo la benevolencia de los médicos.

Se sintió feliz cuando se dio cuenta que comenzaba a enojarse. Esto quería decir que el efecto de las drogas estaba pasando.

—Capitán —dijo ella—, yo lo vi matar. He visto morir gente antes. A algunos en circunstancias muy impresionantes. No ocultamos la verdad en Kraken. Me han robado el derecho de dar a mi hombre el último adiós y de cerrar sus ojos. No me quitarán el de hacer justicia. Quiero saber exactamente qué ha sucedido.

Jonafer golpeó el escritorio con sus puños.

—Me resulta verdaderamente difícil contarle.

—Pero deberá usted hacerlo, capitán.

—¡Bien! ¡Bien! —gritó Jonafer. Luego continuó, casi escupiendo las palabras como disparos—. Vimos toda la escena por el transmisor.

Desnudó a Donli, lo colgó de un árbol con la cabeza para abajo y recogió toda su sangre en su bolsa. Le cortó los genitales y los arrojó dentro de la bolsa. Luego abrió el cuerpo y cortó el corazón, los riñones, los pulmones, la tiroides, la próstata y el páncreas, y lo fue arrojando todo en su bolsa. Luego corrió hacia los árboles. ¿Ahora comprende por qué no le permitieron seguir viendo lo que estaba pasando?

—Los lokoneses nos advirtieron que tuviéramos cuidado con la gente que habitaba en la selva —dijo Fiell con tono

sombrío—. Debimos haberlos escuchado, pero nos parecieron unos pobres enanos patéticos.

Y me rescataron del río. Cuando Donli les preguntó acerca de la existencia de pájaros, describiéndolos, como usted se dará cuenta, Moru dijo que él había visto algo así, pero que eran poco numerosos y tímidos; si íbamos todos los asustaríamos; pero si solamente un hombre lo acompañaba, él sería capaz de hallar un nido y tal vez entonces podría ver algún pájaro. La palabra que él dijo fue casa, pero Donli pensó que podía estarse refiriendo a un nido. O por lo menos eso nos dijo. Había estado hablando con Moru, pero manteniéndose apartados.

Podíamos verlos pero no oírlos. Tal vez eso nos debió haber alertado, y pudimos haberle preguntado al resto de los hombres de la tribu. Pero no vimos razón para tal cosa. Quiero decir... Donli era tan fuerte, tanto más robusto, e iba armado con una pistola de rayos. ¿Qué salvaje se atrevería a atacarlo? Además, habían sido verdaderamente amistosos, hasta podríamos decir juguetones, una vez que perdieron su miedo inicial. También mostraban un gran deseo de establecer relaciones más amistosas con nosotros y... —su voz se hizo inaudible.

—¿Robó armas o herramientas? —preguntó Evalyth.

—No —contestó Jonafer—. Tengo todo lo que llevaba su esposo, que deseaba hacérselo llegar a usted.

Fiell dijo:

—No creo que éste sea un acto de odio. Pienso que Moru debe haber actuado por alguna superstición.

Jonafer asintió:

—No podemos juzgarlo de acuerdo con nuestros patrones.

—¿Por cuáles lo haremos, entonces? —dijo Evalyth.

Supertranquilizante o no, se sorprendió de la tranquilidad con que hablaba—. Yo vengo de Kraken, no olviden. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras el hijo

de Donli crece sabiendo que su padre fue asesinado y que nadie trató de hacer justicia.

—No puede vengarse sobre toda la tribu —dijo Jonafer.

—No pienso hacerlo, pero capitán, no desestime el hecho que el personal de esta expedición proviene de diferentes planetas, y cada uno posee sociedades características. Los artículos de las reglamentaciones especifican que las normas esenciales de cada miembro deberán ser respetadas. Quiero que se me releve de mis deberes habituales hasta que haya podido arrestar al asesino de mi marido y haya hecho justicia.

Jonafer bajó la cabeza.

—Tengo que otorgarle lo que usted me pide —dijo por lo bajo.

Evalyth se levantó:

—Gracias, caballeros —contestó—. Comenzaré mis investigaciones inmediatamente.

Mientras todavía era una máquina, antes que pasara el efecto de las drogas.

En las tierras altas, más secas y bajas, la agricultura había seguido siendo posible a pesar que las colonias habían perdido su civilización.

Algunos campos y quintas, cultivadas trabajosamente con armas neolíticas, apoyaban una serie de villorrios y a la capital Lokon.

Las gentes tenían un parecido familiar con los habitantes de la selva.

Pocos moradores habían llegado a sobrevivir para dar la bienvenida a los antepasados de la humanidad de ese planeta. Pero los habitantes de las tierras altas estaban mejor nutridos, eran más altos y de mejor porte.

Usaban túnicas y sandalias teñidas de colores alegres. Los más ricos añadían joyas de plata y oro. Los cabellos se veían recortados y las caras afeitadas. La gente caminaba audazmente, sin el miedo constante de los salvajes a perecer en una emboscada, y hablaban con alegría.

Indudablemente, todo esto era en lo que se refería a las personas libres.

Tan pronto como los antropólogos del *New Dawn* comenzaron a estudiar los detalles de la cultura, hallaron que Lokon mantenía una gran cantidad de esclavos. Algunos cuidaban y servían en las casas. La mayoría, delgados y desnudos, trabajaban en los campos, las canteras y las minas, bajo los latigazos de los guardianes y la vigilancia de los soldados, cuyas lanzas y espadas estaban hechas de antiguo metal imperial. Pero ninguno de los viajeros del espacio se asombró demasiado. Habían visto situaciones más graves que esa. Había datos históricos sobre lugares de la antigüedad llamados Atenas, India, América.

Evalyth caminó por las calles tortuosas y polvorientas, entre las paredes pintadas con colores chillones de las casas, cúbicas y sin ventanas, construidas con adobe. Si bien ya nadie temía que los extranjeros les fueran a hacer daño, ella era más alta que el más alto de los hombres, su cabello era color metal y sus ojos azules. Llevaba en su cintura la fuerza del relámpago, y quién sabe qué otros poderes similares a los de los dioses.

Era así que los soldados y los nobles también doblaban la rodilla a su paso, mientras que los esclavos se agachaban hasta tocar el suelo.

Cuando apareció, ya no se sintió más el parloteo alegre de la vida diaria, los negocios de la plaza hicieron un alto en sus transacciones, los niños dejaron de jugar y huyeron, mientras ella se movía en silencio, un silencio similar al que sentía en su alma. Bajo el sol y el cono de hielo del monte Burus se cernía el horror. Porque ahora la gente de Lokon sabía que uno de los hombres de las estrellas había sido asesinado por un bruto de las tierras bajas y, ¿qué llegaría a pasar?

Las noticias deben haber llegado hasta Rogar, puesto que la esperaba en su casa cerca del lago Zelo, cercano al Lugar Sagrado. No era rey, ni presidente de consejo, ni su-

mo sacerdote, pero tenía algo de cada uno de esos cargos, y fue él quien trató más con los extranjeros.

Su casa era similar a las otras, algo más grande pero igualmente estrechada por las paredes adyacentes. Éstas incluían un edificio grande, con varias divisiones, al cual los extranjeros no fueron admitidos. En sus puertas se hallaban guardias, con túnicas escarlatas y cascos de madera grotescamente trabajados. Hoy había el doble de vigilancia, y otros se hallaban flanqueando las puertas de Rogar. El lago brillaba como el acero pulido a sus espaldas. Los árboles a lo largo de la costa se veían igualmente rígidos.

El mayordomo de Rogar, un esclavo gordo y ya entrado en años, se postró en la entrada cuando vio aparecer a Evalyth y le dijo:

—Si la venida-del-cielo se digna seguir a este servidor, la conduciré hasta donde aguarda *Klev Rogar*. Los guardias bajaron las lanzas, saludando a su paso. Sus ojos demostraban el miedo que sentían.

Como las otras casas, ésta llevaba hacia adentro. Rogar se hallaba sentado en un cuarto que se abría sobre su patio. Parecía doblemente fresco y sombreado, en contraste con el brillo del sol en el exterior.

Evalyth casi no podía distinguir los frescos de las paredes, ni los dibujos de la alfombra. De todos modos, los creyó toscos. Su atención se centró en Rogar. Éste no se levantó, pues allí tal cosa no era signo de respeto. Incluyó en cambio la cabeza de cabellos grises, sobre sus manos cruzadas. El mayordomo le acercó un asiento, y la más importante de las mujeres de Rogar le acercó una bombilla de té de hierbas antes de abandonar el cuarto.

—Te saludo, *Klev* —dijo Evalyth, con formalidad.

—Te saludo, Venida-del-cielo. —Ahora estaban solos, debajo del cruel sol, y mantuvieron un momento ritual de silencio.

Luego, Rogar dijo: